

LAS ISLAS CANARIAS EN LOS COMIENZOS DEL SIGLO XV

POR

FRANCISCO PÉREZ SAAVEDRA

En las postrimerías del siglo xx, y cuando se aproxima el sexto centenario del inicio de la incorporación del Archipiélago Canario, comenzando por Lanzarote, al ámbito europeo, nos parece oportuno hacer una recapitulación actualizada de la biografía del controvertido barón normando Juan de Bethencourt, iniciador de dicha tarea, con la protección y el apoyo del rey de Castilla Enrique III el Doliente (1390-1406).

En la presente centuria, la historia de Canarias y la biografía de Bethencourt han tenido modificaciones importantes. Desde que Pierre Margry, en 1896, nos dio a conocer «el verdadero manuscrito de *Le Canarien*» hasta que los historiadores regionales contemporáneos Elías Serra Ráfols, Buenaventura Bonnet, Alejandro Cioranescu y un largo etcétera de genealogistas han ido corrigiendo y completando el legado histórico que recibimos de nuestro eminente polígrafo don José de Viera y Clavijo y de los primeros cronistas insulares.

Pero para nosotros, que nacimos en la histórica y antañona villa de San Miguel de Teguisse, primitiva Gran Aldea de los aborígenes de Lanzarote (la «Tyterogaka» en el texto de Gadifer y «Tytheroygatra» en el de Bethencourt), tiene especialísimo interés la genealogía de los Bethencourt canarios,

cuyo apellido se extendió rápidamente no sólo por todo nuestro Archipiélago y los de Madeira y Azores, sino también por la España Peninsular, Portugal y sus nuevos e inmensos territorios coloniales.

Y ese interés nuestro nace de que dicha abundancia de Bethencourt cosmopolitas proceden de un solo tronco común, cuya humilde cuna fue la de una mujer indígena de la que sólo conocemos su nombre aborigen, *Teguise*, que en la lengua de los tuareg tiene dos variantes, con similar significación, conforme registra el P. Foucault en su diccionario (t. 1, p. 412), «Tegetze» entre los del Aïr y «Tegehe» entre los del Hoggar: «La que tiene derecho a suceder por línea materna» en la cúspide de la jefatura tribal.

Esta «princesa» indígena, cuyo nombre cristiano, si fue bautizada, desconocemos, pues *Le Canarien*, en sus dos versiones, se limita a decir del rey indígena (B. cap. XLVI) «El cual fue bautizado él y toda su familia, el primer día de cuaresma». Y la voz «Teguise» sólo la recogen nuestros cronistas tardíamente, y como un topónimo de la «Gran Aldea», que así empezaron a denominarla los castellanos, y donde, según la tradición, vivió unos amores tempraneros y efímeros con Maciot de Bethencourt, el deudo —primo o sobrino— de Juan, el barón normando autorizado por el rey de Castilla para ocupar, cristianizar e incorporar el Archipiélago a su corona.

La tarea se inició con dificultades, porque la situación política del occidente europeo, con Francia e Inglaterra envueltas en la Guerra de los 100 Años, y los reinos Ibéricos de Castilla, Portugal, Aragón y Navarra, sumidos en luchas cruentas, con cambios de dinastías —los Trastámaras castellanos, la Casa de Avís, en Portugal—. Las implicaciones de la Guerra de los 100 Años en Navarra (Carlos II el Malo) y Aragón (Alfonso IV el Ceremonioso), Du Guesclin apoyando a Enrique II y el Príncipe Negro a Pedro I de Castilla. La crisis religiosa del Cisma de Occidente, con los Papas de Aviñón. Las grandes epidemias de peste que asolaron a Europa durante el período, ocasionando víctimas entre las propias dinastías reinantes —Alfonso XI de Castilla—. La secular rivalidad religiosa de las luchas entre el mundo cristiano y el

musulmán, que dificultaban la evangelización y fomentaron el cautiverio y la esclavitud, complicaron y alargaron la labor colonizadora y evangelizadora del Archipiélago a lo largo de todo el siglo xv.

JUAN DE BETHENCOURT, EL PRIMER COLONIZADOR DE LAS CANARIAS

Vamos a empezar por exponer, en una apretada síntesis, la genealogía y la biografía de Juan de Bethencourt, comenzando por los tres antepasados que le precedieron, de su mismo nombre y apellido, enumerados por los genealogistas con su número de orden, como a los miembros de las dinastías reales. Ello permitirá al lector conocer no sólo la estirpe del colonizador, en sus eslabones más próximos, sino también los lugares de su nacimiento y de su patrimonio, en la fértil región de Normandía, al NW de Francia, costas del Canal de la Mancha, frente a Inglaterra (fig. 1).

El apellido Bethencourt es uno de los más antiguos de Europa: «Feudo de Betto». Lo encontramos en el Vermandois y en la Normandía. Probablemente, como opina Cioranescu, no hubo parentesco entre los de una y otra región, sino simple coincidencia de apellidos.

El lugar de origen de los Bethencourt normandos, según Bergeron, fue un feudo del país de Bray, Normandía, cuya cabeza es Sigy, y se extiende desde el bosque Ascelin, sobre Robrey la Ferté, hasta Saint-Sanson, a la bahía de Caux, en el vizcondado de Neufchâtel. Todavía los mapas militares franceses señalan la aldea de Bethencourt, cerca de Sigy. Y en las geografías modernas se cita el municipio de Sigy en el centro de Neufchâtel, valle del Andella, afluente del Sena, en la Normandía oriental.

Un camino desciende a la iglesia y la entrada del cementerio. Aquí se encuentra el feudo, el solar y las raíces de los Bethencourt normandos. Pero una somera biografía de los tres últimos antepasados de Juan IV de Bethencourt, el que inició la ocupación del Archipiélago, nos permite conocer los otros

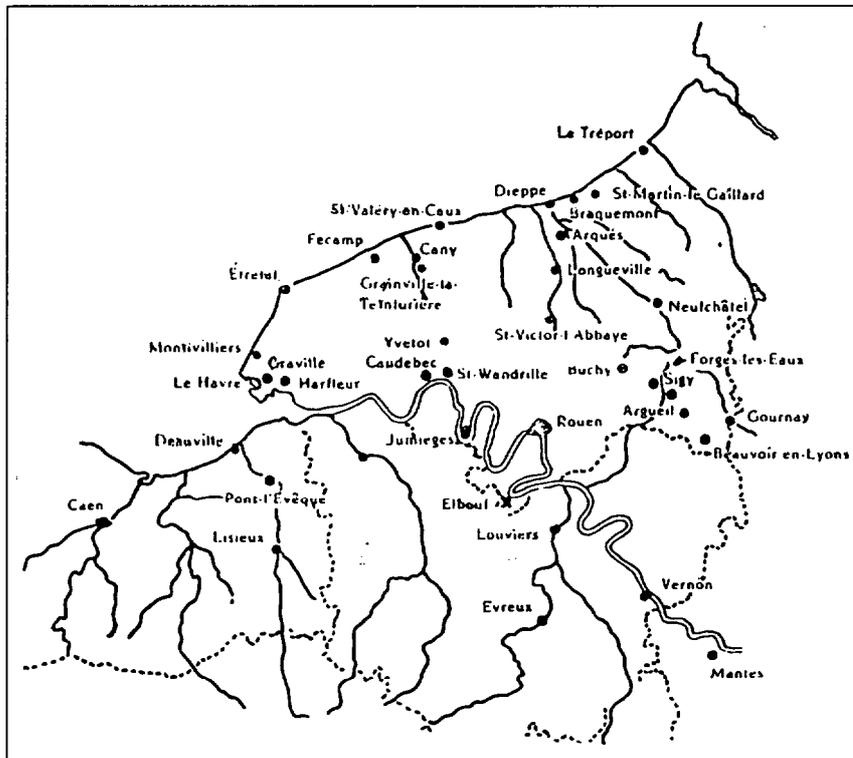


FIG. 1.—Mapa de Normandía.

lugares de Normandía, a donde, por alianzas matrimoniales, se extendió la estirpe de los Bethencourt (figs. 1 y 2).

Aunque la genealogía de los Bethencourt es muy antigua, pues algunos de su apellido participaron en la conquista normanda de Inglaterra y otros en las Cruzadas, consideramos suficiente en este trabajo citar a los tres últimos ascendientes homónimos que precedieron a nuestro biografiado: Juan I, Juan II y Juan III de Bethencourt.

Juan I de Bethencourt

Prestó servicios militares antes de comenzar la Guerra de los 100 Años. Sus huellas históricas quedaron acreditadas en



FIG. 2.—Antiguo priorato de Sigy-en-Bray

un recibo por 50 libras tornesas cobradas en 1327, cuando marchó con cuatro hombres para el Agenais (N. de Guyena) por conflictos con ese condado del rey de Inglaterra. La autenticidad quedó acreditada por el sello de un león rampante, emblema de los Bethencourt, estampado en el mismo.

También extendió otro recibo posterior, en la ciudad de Agen, el 6 de mayo de 1328 por 135 libras tornesas. De ello deducimos que estaba a las órdenes del senescal francés de la zona.

Juan I casó con Nicole de Grainville la Teinturière, la cual aportó a su matrimonio el feudo con el castillo preferido por

el colonizador para residir en Normandía. Dicho castillo estaba en las márgenes del río Durdent, que desemboca en el Canal de la Mancha (fig. 3). Y como su nombre indica, debió ser

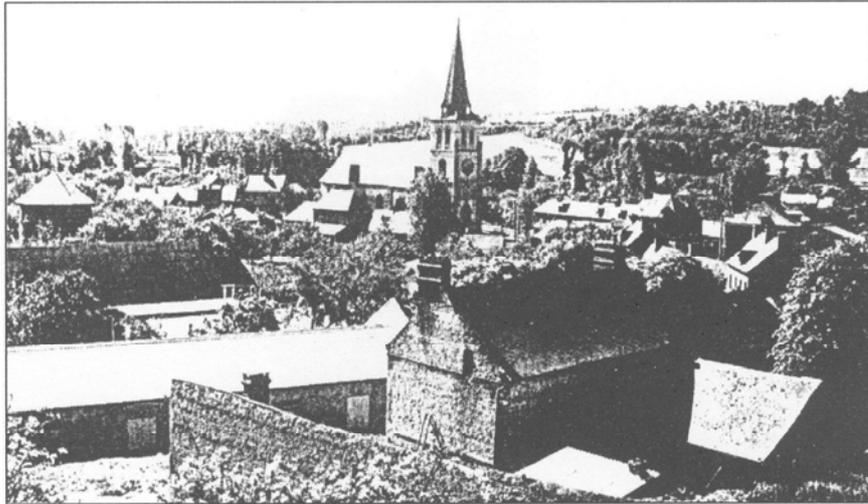


FIG. 3.—Vista general de Grainville-la-Teinturière. A la izquierda, la torre cilíndrica indica el lugar del antiguo castillo.

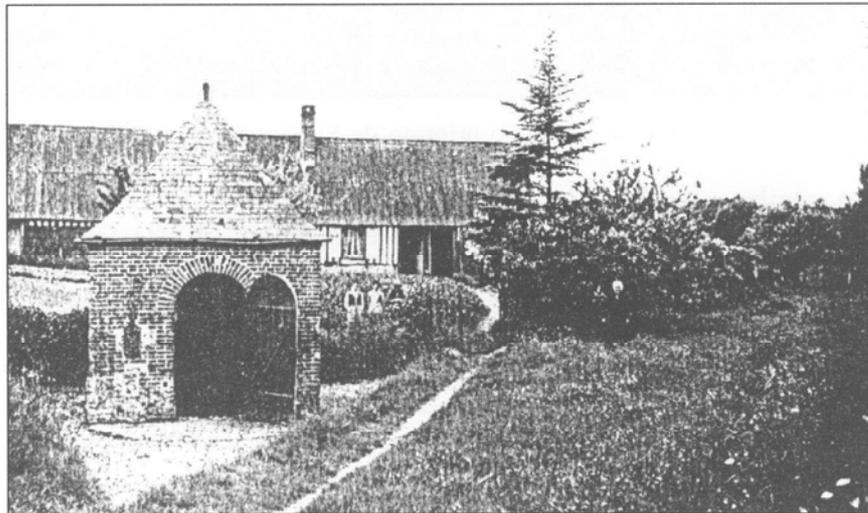


FIG. 4.—Grainville-la-Teinturière. La capilla de Santa Clotilde.

un centro donde se teñían tejidos, industria con gran auge en la época y en la región. Todos hemos pensado que abundando en nuestro Archipiélago la orchilla, planta tintórea para paños de púrpura, Bethencourt pudo sentirse atraído por ella al emprender su aventura canaria.

Ya viuda, Nicole aparece en un documento renunciando al patronato de la iglesia de Santa María de Grainville, reivindicado por unos monjes. También figura presente su hijo, Juan II.

Juan II de Bethencourt

Se mantiene fiel a su homónimo el rey de Francia, a quien los historiadores aplican el epíteto de El Bueno. Casó con Isabel de Saint Martín le Gallard, del condado —hoy cantón— de Eu, al norte de Dieppe (fig. 1). Dicho feudo perteneció a la familia Saint Martin, descendiente de Gautier de Saint Martin, secundo de Guillome de Braqueville, que descendía de la ilustre familia de los Martel. Isabel era hija de Juan de Saint Martin, pero no tuvo nunca el castillo de Saint Martin le Gallard, el cual no perteneció a Juan II, y sólo años más tarde fue de su hijo, Juan III.

También dejó una hija, Juana, cuya curandería ejerció su tío Regnaud. Mientras la viuda, a los pocos años, contrajo matrimonio con Mateo Braquemont.

Juan III de Bethencourt († 1364)

La unión de los Braquemont con los Bethencourt parecía dichosa. Pero los tres hermanos Braquemont: Renaud, Richard y, en particular, Mateo, eran partidarios de Carlos II el Malo de Navarra, uno de los más poderosos e influyentes señores feudales de Normandía, en abierta rebeldía con el rey francés Juan II el Bueno, a pesar de su parentesco y estar casado con una de sus hijas. Mateo daba acogida a los navarros en el castillo de Grainville, y si no lo hizo en el de Saint Martin le Gallard fue porque todavía no se le había adjudicado a su es-

posa y los franceses lo confiaron a Pierre d'Auxy, a quien Mateo acabó asesinando. Pero Bonnet recoge en una nota al pie de las páginas 22 y 23 de su libro sobre Juan de Bethencourt lo que dice Margry de que un día, «ausente Braquemont, uno de los escuderos llamado Pedro d'Auxy vino de noche, en unión de mucha gente armada, invadió el castillo y se apoderó de la viuda de Juan II llevándosela consigo». Añadiendo que «en vano Mateo rogó al raptor que se retirara, poniendo de esta manera término a los desórdenes "que le causaban gran vituperio y deshonor"». Por lo que «afligido e irritado a la vez al ver que eran inútiles sus ruegos, se arrojó sobre Pedro d'Auxy con los servidores del castillo y lo mató, así como a otro que se interpuso». En cambio, Cioranescu lo presenta como un asesinato político de fecha imprecisa que no alcanzó perdón.

Pero en 1362 Mateo contaba con la confianza de su hijastro, Juan III de Bethencourt, quien le entregó la administración de sus tierras y frutos por la anualidad de 100 florines de oro. Las abuelas de Juan III, señoras Aude de Bethencourt y Juana de Saint Martin, reconocieron a su nieto como su heredero natural, disponiendo tomase posesión de su herencia. Mientras que la viuda de Juan tuvo diferencias con Mateo, su segundo cónyuge, que dio como resultado la vuelta de éste a su activa colaboración con los ingleses, con repercusión negativa en los bienes de su esposa.

Aunque el tratado de Bretigny había traído la paz entre las monarquías británica y francesa, Carlos de Navarra no quiso aceptarla. El delfín, después Carlos V, solicitó de los señores de Normandía que se unieran a Dugesclin en Nantes. Juan III de Bethencourt se incorporó al ejército real. En Cocherel (17-V-1364), Dugesclin vence a los navarros, perdiendo Carlos todos sus señoríos en Normandía, aunque se le adjudicó el de Montpellier. Pero costó la vida a bastantes caballeros franceses, entre ellos a Juan III de Bethencourt, sin haber cumplido treinta años, dejando una viuda joven y dos hijos pequeños: Juan IV de Bethencourt, el futuro colonizador de las Canarias y Renault, conocido por «Morelet», que fue su heredero, partidario del duque de Borgoña, y padre de Juan V de Bethen-

court, un hijo tardío de su segundo matrimonio, nacido varios años después de la muerte de su tío, pero del que heredó el manuscrito de *Le Canarien*, el cual alteró y manipuló en favor de su familia, engañando durante siglos a los historiadores.

Juan IV de Bethencourt (1362-1425)

Debió nacer en Grainville en 1362. Sólo tenía dos años al perecer su padre en la batalla de Cocherel, en mayo de 1364. No era, pues, «viejo» cuando vino a Lanzarote en 1402, como se ha dicho; pero sí inválido o disminuido físico, a juzgar por lo que escribieron los capellanes en el prólogo de la crónica: «En vista de que Bethencourt, en cuanto a las armas, había perdido la fuerza y virtud de algunos de sus miembros...».

En el arruinado castillo de Grainville mandaba su madre, una Braquemont, y el segundo marido de su abuela, Mateo de Braquemont, hasta que su madre casó en segundas nupcias con Roger Suhart.

De su infancia tenemos poca información histórica y muchas fantasías románticas, como detalla Cioranescu en su biografía sobre el personaje.

De sus conocimientos náuticos, cosa que acreditó tener en sus actividades piráticas y en sus viajes a las Canarias, se ha especulado mucho. Algunos admiten sus posibles servicios en la armada del almirante Juan de Vienne, por probable confusión con la biografía de su primo Robin o Roberto de Braquemont, quien sí colaboró con dicho almirante y obtuvo este rango en un breve período de su vida.

En cuanto a estudios, su nivel cultural debió ser bajo, acorde con la media de los caballeros de su época. Quizás supiera leer y escribir, pero no lo acredita de manera plena. En sus escritos nunca aparece su firma autógrafa, aunque sí estampa su sello con el león rampante. Pero esta costumbre de no firmar puede ser desprecio aristocrático, como sugiere Cioranescu.

Sus servicios a la alta nobleza del reino comienza en edad temprana, en 1377, cuando apenas tenía quince años. Y se

emplea con uno de los más altos y cultos señores del estado, todavía semi-feudal, francés: el duque de Anjou, hermano del rey, que pronto sería también duque de Orleans y se casaría con Valentina de Milán, heredera de un próspero señorío italiano.

El cargo del joven Bethencourt fue modesto, «panetier», encargado de la despensa del palacio ducal; pero el trato y los favores que recibió de su generoso señor fueron satisfactorios. Al mismo tiempo pudo compatibilizar estos servicios palaciegos con sus obligaciones feudales. En 1381 obtuvo que el bailío de Ruan abriera información testifical en su feudo de Bethencourt-Sigy sobre la conveniencia de establecer un mercado semanal los jueves y dos ferias al año en dicha localidad. La información fue favorable y la feria se autorizó.

En 1385, cumplidos los veintitrés años, repartió a su único hermano, Renault, conocido por Morelet, algunas casas y tierras, aparte de las propiedades ya otorgadas para su mantenimiento.

Juan de Bethencourt acreditó escaso interés militar. No sabemos si las incapacidades físicas a las que ya hemos aludido le afectaban desde joven, pero con veinticinco años sólo era escudero. Es casi seguro que no acompañó al duque de Anjou en su desastrosa expedición a Nápoles, en la que sí tomó parte su primo Robin. Y en la única expedición militar que parece estar presente fue en la organizada a petición de Génova contra los piratas tunecinos, casi reducida a un bloqueo naval de seis meses.

También contrajo matrimonio en 1392 con Juana de Fayel, a la que debía de llevar una decena de años, con la que no tuvo hijos y a la que enajenó su dote sin cuidarse de las obligadas garantías.

Lo que sí supo Juan de Bethencourt fue conciliar sus servicios cortesanos con sus intereses de señor feudal: en abril de 1387 obtuvo licencia para reedificar el castillo de Grainville y el papa Clemente VII le autorizó la instalación de un oratorio.

La fortaleza de Grainville fue un recinto circular de 80 metros de diámetro, estratégicamente situado en las márgenes

del río Durdent, controlando el paso hacia las costas del Canal de la Mancha. Frente al castillo estaba la iglesia y el cementerio (fig. 3). Fue el lugar de residencia preferido por Juan IV de Bethencourt y allí murió, aunque años antes la había vendido a su primo Robin. Acaso la lealtad de éste a la corona francesa y el sometimiento de Juan IV al soberano inglés sea la explicación.

Pero después de morir Juan IV de Bethencourt en 1425, cambiar el signo de la guerra, con la aparición de Juana de Arco entre 1429 y 1430 y el acercamiento del nuevo duque de Borgoña, Felipe el Bueno, a Carlos VII, llegó para Francia el triunfo final de la Guerra de los 100 Años, y permitió que el feudo con el castillo de Grainville albergase como propietarios a Aldonza de Bracamonte, hija de Robin, casada con el señor de Rouville.

Robin o Roberto de Braquemont

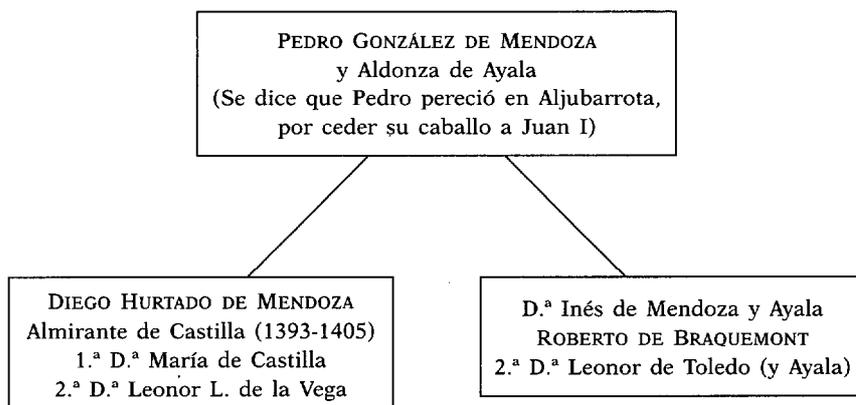
La biografía y en especial las gestiones de Juan de Bethencourt para obtener de la corona de Castilla la autorización y las ayudas necesarias para colonizar el Archipiélago Canario y de Benedicto XIII la pertinente aprobación y auxilios espirituales para su evangelización, quedaría incompleta si omitiéramos el papel y la influencia decisiva que tuvo, tanto en la corte de Enrique III como en la del Papa Luna, su primo, el caballero, almirante y embajador francés Robin o Roberto de Braquemont.

Los Braquemont son una familia normanda oriunda de la aldea marítima del mismo nombre en la Playa de la Mancha, cinco kilómetros al N. de Dieppe y al SW de Saint Martin le Gallard (fig. 1).

El primer Braquemont históricamente conocido es Renaud, quien vivió a mitad del siglo XIV y tuvo cinco hijos: tres varones (Renaud II, Richard y Mateo) y dos hembras, de las cuales María fue la esposa de Juan III de Bethencourt, quien murió muy joven, como ya hemos dicho, en la batalla de Cocherel, dejándole dos hijos pequeños: Juan IV, el colonizador del Archipiélago, y Renault, recién nacido.

Ya hemos visto que Mateo casó con la viuda de Juan II de Bethencourt, Isabel de Saint Martín, y fue ferviente partidario de Carlos de Navarra. Su hermano Renaud II fue el padre de Robin, y éste, primo hermano de Juan IV, hijo de una hermana de su padre (véase Cioranescu, *Juan de Bethencourt*, A.C.T., 1982, pp. 74 y 75). Por consiguiente, eran primos hermanos y no tío y sobrino como han recogido los historiadores canarios y nacionales.

Roberto de Braquemont se casó en Castilla, en primeras nupcias, con doña Inés de Mendoza, hermana del almirante don Diego Hurtado de Mendoza, padre del famoso marqués de Santillana. Y al enviudar, con doña Leonor de Toledo, prima de la anterior. Recibió de don Juan I importantes señoríos. Tuvo tres hijos de su primer matrimonio y dos del segundo, como recogemos en el adjunto cuadro genealógico:



Braquemont tuvo con su primera esposa dos varones, Luis y Juan, y una hembra, Aldonza, como su abuela, la cual se casó en Francia con Pedro, señor de Rouville, quienes heredaron el feudo de Grainville, que había pertenecido a Juan de Bethencourt. Y con la segunda, hermana del duque de Alba, a Juana, casada con Álvaro García Dávila, cuyo linaje llega hasta Eugenia de Montijo.

Sucinta biografía de Roberto de Braquemont

- 1355. Nació pocos años antes que su primo Juan IV de Bethencourt.
- 1374. Es recibido como escudero en el ejército del rey de Francia.
- 1377. Sirvió en la escuadra del almirante Juan de Vienne, sobrino del defensor de Calais.
- 1384. Al servicio de Luis d'Anjou participó en la desastrosa expedición a Nápoles.
- 1386. Viene a Castilla con un escuadrón francés en auxilio de Juan I: Aljubarrota.
- 1391. Volvió a la renovación del tratado franco-castellano.
- 1393. Juan I «le heredó» Medina de Rioseco y le casó con doña Inés de Mendoza.
- 1401. Compra a Juan de Bethencourt las rentas de sus feudos de Bethencourt y Grainville.
- 1402. Es enviado por Luis de Orleans a proteger a Benedicto XIII, confinado en Aviñón.
- 1403. Por tercera vez en Castilla en solicitud de cuatro galeas y 500 ballesteros.
- 1405. Pierde el pleito frente a la mujer de su primo, Jeanne de Fayel, por la garantía dotal.
- 1407. Por cuarta vez en Castilla. Ahora como embajador. Navega de Vizcaya a Sevilla.
- 1408. Renovación del tratado de alianza castellano-francés.
- 1412. Testigo en el pleito homenaje de su primo al nuevo rey Juan II, bajo la tutela de su madre, doña Catalina de Lancáster, por el feudo de las Islas Canarias. (En Valladolid).
- 1414. Asiste a la coronación de don Fernando el de Antequera como rey de Aragón.
- 1417-18. Almirante de Francia. Destituido al año, por influencia borgoñona. Crisis francesa.
- 18-5-1418. Declarado rebelde al rey inglés. Confiscadas sus tierras de Normandía.
- 4-5-1419. Fallece en Mocejón, aldea de Toledo. Testó. Sepultado en San Pedro Mártir de Toledo. El 2-9-1565, sus

restos trasladados a la capilla mayor de San Francisco de Ávila.

Dejó también en España los señoríos de Fuentesol y Peñaranda. En Francia la sobrevivió su primo Juan de Bethencourt hasta 1425. Tras la reacción francesa iniciada por Juana de Arco, 1329-30, los Braquemont recuperan sus posesiones de Normandía, y Grainville la Teinturière la hereda su hija Aldonza de Braquemont, casada con Pedro, señor de Rouville.

JUAN IV DE BETHENCOURT Y GADIFER DE LA SALLE

La figura de Juan de Bethencourt, al que se ha venido considerando primer conquistador del Archipiélago Canario, es una de las más controvertidas de nuestra historia regional. Y se ha pasado de la exaltación elogiosa y el panegírico que hace de su persona y de su obra nuestro clásico historiador don José de Viera y Clavijo a la crítica acerba que sobre su conducta y sus defectos hacen algunos investigadores modernos, como don Buenaventura Bonnet Reverón. La razón estriba en que la compleja figura del barón normando sólo la conocieron nuestros antiguos cronistas a través de una fuente descaradamente parcial y tendenciosa, retocada por sus deudos para glorificarle, que editó Bergeron en 1630. Pero cuando Pierre Margry publicó la versión G, de Gadifer, que se conserva en el Museo Británico, la personalidad del enaltecido conquistador aparece bajo unas perspectivas mucho más sombrías y hasta nos atrevemos a calificar de sórdidas.

Bethencourt el Grande, según Viera

Don José de Viera y Clavijo encabeza el capítulo 29 del libro IV de sus *Noticias...* con el encomiástico título de «Elogio de Juan de Bethencourt, el Grande». Y a continuación no escatima elogios para enaltecer su figura. Empieza por decirnos que las Islas Canarias pueden bendecir al que les dio un con-

quistador adornado con tan ilustres cualidades. Luego nos enumera esas virtudes: su prudencia, su valor, su afabilidad, su destreza en manejar los espíritus y ganar los corazones más salvajes... Y quienes sólo hayan leído la versión B de *Le Canarien* se sentirán inclinados a considerar como merecidos estos hiperbólicos calificativos.

Pero el entusiasmo de Viera le lleva también a enaltecer el país que fue la cuna de su héroe: Normandía, a la que califica de forma ditirámica como «taller de conquistadores» por haber dado a Guillermo el Grande de Inglaterra y a Tancredo de Sicilia. Pondera la sangre y la alcurnia de los Bethencourt, mencionando a uno que participó en la conquista del reino anglo-sajón (1067); a Felipe de Bethencourt, contemporáneo de Luis VIII, padre de San Luis, y a los dos Juanes, padre y abuelo de «su héroe».

Hace un retrato encomiástico del conquistador galo, desde atribuirle «una fisonomía varonil» hasta adornarle con una constelación de virtudes morales y caballerescas: pensamientos elevados, corazón impetuoso, firme y resuelto, genio dulce y tolerante... A la empresa de conquistar las islas menores la considera «muy ardua», pues el caudillo estaba «sin tesoros, sin tropa, sin marina, sin poder...». Es decir, que casi le resulta un milagro, conseguido gracias a «la magnanimidad, experiencia y valor» de su protagonista, que conquistó cuatro islas, «parte con habilidad, parte con la fuerza». Y termina su encendido panegírico proclamando que lo que ponía a Juan de Bethencourt por encima de todos los conquistadores de estas tierras occidentales era el uso generoso que hizo de sus virtudes: observar los tratados con los príncipes isleños (*sic*), no hacer ostentación de modales duros y altivos, respetar el derecho natural, recibir a los rendidos con benignidad, procurar fueran instruidos en la verdadera religión, darles tierras.

Sólo después de este auténtico alud de elogios y de ditirambos reconoce que también «hubieron sombras en el cuadro de su vida»: su condescendencia en la esclavitud de los naturales, «faltar a la palabra» dada al rey de El Hierro, eufemismo con el que parece, si no disculpar, al menos justificar la inicua traición cometido con el hermano de Augeron y sus

confiados e ingenuos vasallos. También le imputa ciertos errores por la confianza depositada en el traidor Bertín de Berneval y en las desavenencias con Gadifer. Pero estas pequeñas «lagunas» las considera compensadas por sus virtudes de valor y de piedad, puestas de manifiesto con la erección de las iglesias de San Marcial del Rubicón y Santa María de Bethencuria, que llegaron a tener obispo.

*El Bethencourt depredador, cruel, egoísta y pirata,
según Bonnet*

El reverso del panegírico hecho por Viera nos lo ofrece el erudito investigador tinerfeño don Buenaventura Bonnet, en la biografía más completa que se había hecho del conquistador normando hasta el año de su publicación por el I. E. C. (1944), en opinión del doctor Serra Ráfols.

La figura que nos ofrece Bonnet de Juan de Bethencourt es la antítesis de la que nos había presentado Viera y Clavijo: depredador, cruel, egoísta y pirata. El cuadro que nos diseña el autor en el último capítulo de su libro —el XIV— bajo la rúbrica de «Epílogo de una vida», no puede ser más sombrío, sórdido y desolador: «Pobre, miserable, enfermo y sin patria (imagen de la desdicha y el dolor). Sin mujer, sin hijos, sin las Canarias, sin patrimonio, sin amor, sin afectos ni amistad. Roído por la lepra, abandonado, casi un mendigo».

Las razones de esta visión pesimista y de estos juicios peyorativos no son gratuitas. Los investigadores modernos, después que Pierre Magry publicó en 1896 la versión G de *Le Canarien*, la primitiva y auténtica, escrita por Gadifer o inspirada por él, se dieron cuenta de las adulteraciones y falsedades contenidas en la versión B, y de la conducta desleal y maquiavélica de Bethencourt con su compañero y socio en la empresa colonizadora, Gadifer de La Salle, a quien dejó en Lanzarote semiabandonado, en las más precarias y difíciles condiciones de mantenimiento y supervivencia, mientras él se dedicaba a intrigar en España para conseguir del rey Enrique III que le adjudicara los derechos a la conquista del Ar-

chipiélago Canario, con total olvido y postergación de su amigo y compañero en la aventura, el noble potevino Gadifer de La Salle, quien había aportado no sólo su persona, sino hasta el barco que les condujo a Lanzarote.

Pero no es sólo la conducta con su asociado Gadifer lo que puede reprocharse a Bethencourt. Su proceder con sus vasallos en Normandía, como el castigo que infligió a los dos clérigos cazadores furtivos, las depredaciones piráticas a que se entregó en el Canal de la Mancha por los años 1395 a 1401, en tiempos de paz y justo en vísperas de emprender su aventura a las Canarias; las raterías náuticas en La Coruña, narradas en la misma crónica sobre la conquista del Archipiélago, aunque con palabras que tratan de justificarlas; las acusaciones y la detención que sufrió en Cádiz por denuncia de los mercaderes estantes en Sevilla, perjudicados con sus acciones en el mar... son todo un rosario de cargos que el doctor Bonnet recoge para cimentar su tesis acusatoria.

¿Era Juan de Bethencourt leproso?

Bonnet llega a sostener que Juan de Bethencourt padecía la terrible e incurable enfermedad de la lepra, que era el sida de la época. Y su imputación no es caprichosa. Se basa en el testimonio del cronista portugués Diego Gomes, quien en 1460 escribió textualmente: «Cierta navegante del reino de Francia, Juan de Bethencourt, leproso, para no avergonzar a sus parientes, vendió todos sus bienes... vino al reino de Castilla, a la ciudad de Sevilla..., y oyendo la fama de que estas islas, que estaban sin poblar... y que en ninguna parte del mundo podía vivir mejor, sin avergonzarse, que en aquellas islas deshabitadas...».

Por supuesto que el testimonio de Diego Gomes no es contemporáneo, aunque sí próximo; pero es único, erróneo y poco fiable, empezando porque las Canarias, excepto los islotes, no estaban deshabitadas. Pero nos induce a pensar que algún motivo tendría para hablar así. Y dichas razones podemos encontrarlas en el mismo prefacio de *Le Canarien*, versión G,

que dice textualmente: «Y visto que Bethencourt en hechos de armas había perdido la fuerza y virtud de algunos de sus miembros...». Palabras que Bonnet interpreta como confirmatorias del diagnóstico de la lepra, pero que la crítica moderna, más ponderada, las valora en sus justos términos, de estar lisiado o impedido para el manejo de las pesadas armas bélicas de la época. El apasionado biógrafo que fue Bonnet, en apoyo de su tesis, llega a encontrar en el retrato de Bethencourt que publicó Bergeron en 1630, obra de Baltasar de Moncornet, los estigmas de la lepra en la punta de la nariz, que parece levemente roída, y aduce el diagnóstico del doctor Ángel Vinuesa sobre dicha enfermedad, sin tomar en consideración el realismo o fantasía del retrato.

Bethencourt, una figura de su época

La crítica histórica moderna, representada por la señera figura del doctor Serra Ráfols y la polifacética de Cioranescu, han trazados unos perfiles más ponderados del controvertido conquistador normando. Bethencourt no fue el héroe que deslumbró a Viera, ni el villano que creyó ver Bonnet. Ya el profesor Serra en las ecuánimes palabras con las que prologó el libro de Bonnet, tras calificar de precursor y pionero de la colonización europea al discutido conquistador normando, lo sitúa en las coordenadas de su tiempo, cuando ya los ideales caballerescos estaban trasnochados. Y termina diciéndonos que es «el anti-Quijote: una figura de su tiempo que realizó algo nuevo para su tiempo».

Por su parte, Cioranescu nos aporta nuevos datos complementarios en su documentada biografía del personaje, niega el diagnóstico de lepra, que hubiera significado un rechazo social no sufrido por Bethencourt, aunque sí reconoce su comportamiento desleal con su socio Gadifer.

A nosotros nos extraña cómo Bonnet y los más acerbos detractores de Bethencourt, que creyeron en el padecimiento de la lepra, no pensaron más bien en su posible impotencia sexual. Pues el hecho de que su joven y atractiva esposa, Jua-

na de Fayel, no le diera ningún hijo, el abandono en que la dejó su marido al emprender la aventura canaria, las desavenencias conyugales suscitadas por la apropiación indebida de la dote, los celos que produjeron las ingenuas palabras de la dama, al comentar que su edad estaba más emparejada con la de su cuñado que con la de su marido, a pesar de que la diferencia entre ambos hermanos era pequeña, y la violenta reacción del cónyuge, al quemar los mejores vestidos de la esposa y encerrarla a perpetuidad en una mazmorra, harán pensar a cualquier psicoanalista en complejos de inferioridad sexual, donde la impotencia podría estar presente.

Que la isla de Lanzarote fue sometida por Gadifer de La Salle lo dicen los hechos y la cronología, pues el manipulador de la versión B de *Le Canarien* tuvo que adelantar la fecha del regreso de Juan de Bethencourt a la isla para poder fingir que el rey Guadarfía le prestó acatamiento, pidiéndole el bautismo. Pero también es cierto que en Fuerteventura demostró mayor habilidad diplomática, supo atraerse y deslumbrar a los indígenas con boato cortesano, si hemos de dar crédito en esto a la versión B. Trajo cabalgadura para disimular sus incapacidades físicas y fue un político maquiavélico antes de que Maquiavelo escribiera *El Príncipe*.

MACIOT DE BETHENCOURT: SUS AMORES CON LA PRINCESA TEGUISE

Maciot de Bethencourt, que sucedió a su deudo el conquistador normando Juan de Bethencourt en el gobierno de las Islas Canarias recién incorporadas a la corona de Castilla, es una figura histórica cuya biografía resulta incompleta y confusa.

Para empezar, no sabemos el grado de parentesco que tenía con Juan de Bethencourt. La tradición madeirense, representada por el genealogista Noronha, que lo consideraba hijo legítimo de Morelet, el hermano de Juan IV el colonizador, es inaceptable, porque significaría que Juan V, el único hijo conocido de Morelet, ignoraba la existencia de su propio herma-

no. El que fuese hijo de Juan de Argies de Bethencourt y de María de Bracamonte, como figura en el Archivo de los Vecillas, conservado en la parroquia de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife, hipótesis por la que inclinaba Cioranescu, tampoco pudo aceptarla por no encajar la fecha de dicho matrimonio con la edad aproximada de Maciot, de acuerdo con su biografía. Sólo podemos admitir, por los datos biográficos que poseemos, que se trata de un sobrino en segundo o tercer grado, que colaboró en las actividades piráticas de su tío y con cuyo concurso el conquistador quiso organizar una explotación colonial del Archipiélago, la cual se le frustró por haber caído Normandía bajo la influencia de ingleses y borgoñones, enemigos de los Trastámaras castellanos.

Tampoco se conoce con claridad su vida matrimonial: ni dónde ni cuándo se casó. Ni con quién. Lo mismo que aparecen envueltas en idílicas brumas de leyenda sus relaciones con la princesa indígena Teguisse. Y sin embargo, fruto prolífero de tales relaciones son los linajes de los Bethencourt canarios, extendidos por Madeira, Portugal y la América Latina.

Su protagonismo está reflejado en dos crónicas casi coetáneas: *Le Canarien* y la *Crónica de don Juan II de Castilla*. Y testimoniado en la *Información de Cabitos* de 1477, practicada por mandato de los Reyes Católicos.

Pero los últimos capítulos de la versión B de *Le Canarien*, desde el LXXVII al LXXXVIII, que son donde se menciona a Maciot, fueron añadidos por Juan V de Bethencourt, el único sobrino carnal del colonizador, que nació en 1432, siete años después del fallecimiento de su tío, y adolecen de la falta de solvencia y de la imparcialidad necesaria para que hoy podamos aceptarlos como verídicos.

En lo concerniente a Maciot, el manipulador de la crónica cita a «Maciot y algunos de sus hermanos» como parientes lejanos y desconocidos por él, aunque posteriormente escriba que Juan le llama «mi primo». Pero en el poder donde le autoriza a enajenar el señorío de Las Canarias, el propio poderante le llama «mi sobrino», por lo que es probable que fuese hijo de un primo/a hermano/a y lo pudieran considerar primo o sobrino, pero no en primer grado.

Y si la biografía de Maciot resulta oscura y plantea múltiples interrogantes a los genealogistas e historiadores modernos, el capítulo de sus amores con la desconocida muchacha indígena, hija del último rey de Lanzarote, ha llegado hasta nosotros adulterado, idealizado, y necesita una clarificación

Empecemos por considerar que no tenemos testimonios históricos fiables, coetáneos a los protagonistas, que nos hablen y acrediten objetivamente dicha relación. Pero un testigo de los que declaran ante Esteban Pérez de Cabbitos —Martín de Torres— manifiesta en Sevilla haber vivido en aquella isla de Lanzarote hacía más de treinta años, y que en ella conoció al dicho Maciot y a otros varios franceses, entre ellos a «Farriete Prodomo, que era hierno de Misen Maciote, casado con una su fija».

A un siglo de distancia, el cronista franciscano fray Juan de Abreu Galindo, que conoció en Lanzarote a la familia del primer marqués y, en particular, a su yerno, el notable genealogista Gonzalo Argote de Molina, dice textualmente (L. I, c. XXI): «Que Mos. Masión de Betancur... acordóse ir a vivir a la isla de la Madera. Y allí se heredó y avecindó, casando una hija única que tenía, *que no tuvo otro hijo legítimo*, con Ruiz González Cámara, capitán de la isla de S. Miguel».

Esta tajante afirmación de Abreu, «que no tuvo otro hijo legítimo», parece contradecirse con las declaraciones del testigo Martín de Torres, antes citado, porque si «el Farriete Prodomo» que él conoció y trató «era hierno de Misen Maciote, casada con una su fija», y Maciot no tuvo más que una hija legítima, que se llevó soltera a Madeira, y allí contrajo matrimonio, el cual está perfectamente documentado y confirmado por los genealogistas portugueses, tal contradicción no puede resolverse sino presumiendo que la hija de Maciot casada en Lanzarote con Arriete Perdomo no era legítima. Ello nos explica el énfasis de Abreu al decir explícitamente que «Maciot no tuvo otro hijo legítimo».

Pero en el libro II, cap. XXV de la precitada *Historia*, al hablar de Gran Canaria, encontramos un confuso párrafo que parece confirmarnos por el mismo Abreu la existencia de esa hija natural de Maciot. Escribe el franciscano: «D. Fernando,

Guanarteme de Gáldar, que se decía el Bueno, tenía otra hija que se llamó Teneguana (*sic*) que fue casada con Mación Perdomo de Betancor, hijo de Arriete Perdomo y de una hija de Betancor, que hubo en una hija del rey de Lanzarote, llamada Luisa de Betancor».

Sin embargo, el nombre de Teguisse no figura en Abreu ni como antropónimo ni como topónimo de la villa capital. Tampoco figura en boca de los testigos de la *Información de Cabitos*. Y Juan Íñiguez de Atabe, escribano de Cámara, al referirse en dicho Informe a la carta de requerimiento que dirigió Juan II al susodicho Maciot, la denomina la Gran Aldea, como ya se le llamaba en *Le Canarien*.

El doctor Tomás Marín de Cubas, a finales del siglo xvii, en su abigarrada *Historia de las siete islas de Canaria*, nos proporciona una serie de noticias heterogéneas sobre Maciot o Manauto, como también lo llama por influencia de la crónica de don Juan II. Se hace eco de las discordias políticas reflejadas en dicha crónica y «como por afirmarse en el dominio que poseía, llamándose rey de Canarias... se casó con Teguisse». Marín es, pues, uno de los primeros en atribuir una motivación política a estas relaciones.

Fue ya entrado el siglo xviii cuando otro teldense, don Pedro Agustín del Castillo, en su *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias* (1737), nos asegura que «Maciot se había casado con Teguisse de la que tuvo dos hijas: la una, se llamó Margarita de Bethencourt que casó con Juan Arriete Perdomo... La 2.^a, D.^a María de Bethencourt, la que llevó a la isla de la Madera».

La legitimidad de doña María de Bethencourt y su traslado a Madeira acompañando a sus padres, es rigurosamente cierto. Ya lo había dicho Abreu y consta en testimonios coetáneos, confirmados por los genealogistas portugueses. Pero lo de Margarita de Bethencourt y su matrimonio con Juan Arriete Perdomo es una verdad a medias. Es cierto que Arriete Perdomo se consideraba y era considerado yerno de Maciot de Bethencourt. Se testimonia en la *Información de Cabitos*. Pero lo que nadie había asegurado hasta llegar al siglo xviii con Pedro Agustín del Castillo, es que esa esposa de Arriete Per-

domo fuera hija legítima de Maciot. No hay un solo testimonio que lo asevere de manera expresa. Bien al contrario, hemos visto cómo Abreu Galindo lo niega con rotundidad.

Dada la mentalidad matriarcal de los aborígenes y la señorial de los normandos, no debe sorprendernos que la hija natural de Maciot de Bethencourt gozara en Lanzarote de alta consideración social, que casara con un hidalgo francés y que sus hijos ocuparan puestos de relieve dentro y fuera de la isla. Todavía más: que la hija legítima de Maciot llamara, recibiera y protegiera algunos de estos sobrinos en Madeira y San Miguel, nombrándoles sus herederos, pues ella no tuvo descendencia. El Gaspar de Bethencourt que recibe su mayorazgo fue uno de los hijos de Arriete Perdomo e Inés Margarita, la hija de Teguisse, lo que explica, como señala acertadamente Leopoldo de la Rosa, que uno de sus hijos se apellidase Gaspar Perdomo. Y el Enrique de Bethencourt a quien los genealogistas portugueses buscan una filiación distinta es probable que sea la misma persona que Farriete Prodomo, pues el Farriete y Arriete derivan de un remoquete o diminutivo familiar del Henry francés. Del mismo modo que Maciot deriva de Matheo.

El romance de Maciot con Teguisse, idealizado por Viera

Nuestro eminente polígrafo don José de Viera y Clavijo, que representa en la historiografía canaria el triunfo de la sana crítica y de la historia documental, se deja seducir en este capítulo por la admiración a los Bethencourt y por la corriente filosófica rusioniana de amor a la naturaleza y a lo primitivo, para urdir un bello romance amoroso, en que la historia se tiñe de lirismo y lo real se hermosea con la fantasía.

Empieza Viera por imputar a Maciot la misma fragilidad erótica que acaba de castigar en la isla de El Hierro a Lázaro Vizcaíno. Pero a continuación nos lo presenta como un galán soltero, joven e independiente. Luego nos habla de las seducciones naturales de Teguisse, a la que también atribuye los dones de la juventud y la hermosura, como una Virginia cria-

da en libertad sobre el escenario volcánico y salvaje de una isla atlántica. Aquí es posible que estuviera más acertado, porque las mujeres indígenas de Lanzarote, en general, eran «hermosas y honestas», según testimonian los autores de *Le Canarien*.

Así lo considera el eminente historiador tinerfeño, quien la reputa un arma política en poder del ex-rey de la isla. En cambio, nosotros, desde un punto de vista diferente, consideramos que era Maciot quien buscaba apoyo político con estas relaciones. Pensamos que Maciot pudo buscar en estos amores un apoyo para consolidar su autoridad de gobernante extranjero, en una isla bajo la soberanía de Castilla, con una población mestiza, en que los indígenas, al sobrevivir las mujeres y crecer los niños del período de la conquista, debió irse incrementado, mientras su Normandía natal caía bajo dominio inglés, hostil a Castilla. Henri V desembarca en Harfleur y sitia Ruan, aliado con Juan sin Miedo, duque de Borgoña, ocupando Normandía en 1419.

Según Viera, «Teguisse rindió con el incentivo de sus gracias naturales al heredero del conquistador». Y el primer fruto de esta unión fue la fundación o crecimiento de la villa-capital de Lanzarote. Tales opiniones tampoco parecen objetivas. Dicha villa tuvo su origen en la Gran Aldea indígena construida al borde de una laguna endorreica, mencionada en las páginas de *Le Canarien*. Allí traicionó Bertín de Berneval a los naturales invitándoles a una comida para esclavizarlos. Y nada nos induce a pensar que el sucesor de Juan de Bethencourt fuera su romántico fundador, le diese el nombre de su amada Teguisse y «echase los cimientos de la policía de aquella capital», como nos asegura Viera».

Conviene advertir que en Lanzarote se conserva el topónimo «Mación», aplicado a un caserío próximo a Femés, camino del Rubicón, que formaba parte de la antigua dehesa de Tagaciago, donada por los vecinos de Lanzarote a Maciot y que también pudo servirle de residencia.

La simple y probablemente inventada afirmación que hace Juan V, el sobrino carnal del colonizador, en el capítulo LXXXVI de la *Crónica Normanda*, de que Maciot «se hizo ar-

mar caballero, después de la salida de Monseñor», da pie a Viera y Clavijo para describir en el capítulo 2 del libro V de su voluminosa *Historia*, unas prolijas ceremonias de caballería que el arcediano reconoce ridículas para aquel tiempo.

En cambio, sus amores con Teguse fueron una realidad indiscutible, confirmado por una descendencia prolija, dentro y fuera del Archipiélago, y que ha tenido lejanos ecos hasta en la tradición literaria insular.

*El romance de los amores de Maciot y Teguse
en la tradición oral*

El doctor Juan Bethencourt Alfonso recoge en las páginas de su *Historia del pueblo guanche*, t. I, p. 313, y II, p. 368, dos romances históricos de la isla de Lanzarote que emigraron al sur de Tenerife, de donde era natural el médico historiador, y que todavía se cantaban en dicha zona a comienzos de nuestro siglo. El que alude a los amores y convivencia de Maciot con la princesa indígena dice así:

ESTRIBILLO:

Yo veí a Teguse un día / que criadillas comía:

VOZ:

Yo veí a Teguse un día / estando Maciot con ella
que criadillas comía; / y de gofio hacía pellas
que a Bethencourt le ofrecía.

Yo veí a Teguse un día / comiendo pescado asado,
que criadillas comía, / también gofio con burgados
de lo cual Maciot comía.

El que coja papas crías, / lo mismo que del ganado,
da la mitad a Guadarfía; / pues está determinado
del que en sus campos pacía.

Este romance confirma la convivencia amorosa y doméstica del sucesor del colonizador normando con la heredera del último rey indígena. Y nos menciona, además, una exquisita vianda que los historiadores no citan: «criadillas o papas crías»,

deliciosas *trufas*, especies de hongos que crecen bajo tierra como las patatas o tubérculos, y en el verso se denominan «papas crías». Los botánicos modernos confirman que nacen espontáneamente en los campos de Tahiche (Lanzarote) y Jandía (Fuerteventura). El doctor Verneau en su libro *Cinco años de estancia en las Islas Canarias (1884-88)*, edic. 1981, cap. V, p. 147, las menciona como flora autóctona de La Antigua y Valle de Santa Inés (Fuerteventura) con las siguientes palabras: «Allí se encuentran, en ciertas temporadas, *trufas*, en una cantidad tan grande que los habitantes se las comen como si fueran papas. Son blancas, un poco blandas, y no tienen el aroma de la fruta de Perigord, pero son muy agradables al gusto».

El botánico F. D. Calande, del Real Jardín Botánico de Madrid, publicó un artículo en 1991, donde estudia unas «Tarfezias» que nacen silvestres en los campos de Tahiche (Teguise, Lanzarote) y en Jandía (Fuerteventura) «que medían en fresco entre 5,9 y 3,7 cm., con forma de tubérculo y superficie rojiza... de sabor suave, agradable, parecido a la avellana». Esta vianda, no mencionada por las crónicas regionales hasta Verneau, imprime un sello de autenticidad al contenido del romance.

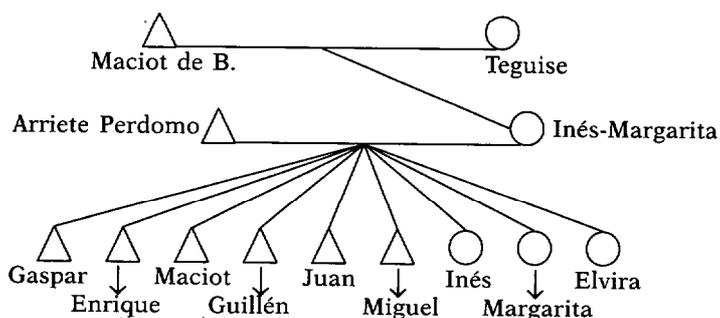
El fruto de los amores de Maciot y Teguisse

El hecho que confirma los amores de Maciot de Bethencourt con la princesa indígena Teguisse es su prolífera descendencia, que en pocas generaciones se extendió por todo el Archipiélago Canario, Madeira, Azores, Portugal y América Latina.

Que dichos amores fueron juveniles y fugaces puede deducirse de que sólo tuvieron el fruto de una hija, cuando las indígenas, según *Le Canarien*, solían ser fecundas y prolíferas. Quizás muriese muy joven, tras su primer parto, pues tampoco se le conoce otro nombre que el aborígen, como si no se hubiese bautizado. En cambio, a esa hija única nuestros cronistas la designa hasta con cuatro nombres del calendario cristiano: Inés, Margarita, Leonor y Luisa.

El que esa niña se casara con un hidalgo francés, Arriete Perdomo, y procreara una familia numerosa, orgullosa de su estirpe. El que no se suscitaran antagonismos, ni rivalidades de bigamia por el posterior matrimonio de Maciot, probablemente en Sevilla, de cuya colación de Santa María fue caballero veinticuatro. El que esa esposa le demostrara abnegada fidelidad, consiguiendo que una nave portuguesa le liberara de la isla de El Hierro, donde Guillén de las Casas le había confinado. El que su única hija legítima, María, al casarse en Madeira con Rui Gonçalves de Cámara, hijo del capitán donatario Juan Gonçalves Zarco, y no tener descendencia, dejara toda su herencia, conyugal y paterna, a dos de esos sobrinos lanzaroteños, Gaspar y Enrique, nietos de Teguisse, a pesar de que su esposo tuvo un hijo natural, Pedro Gonçalve de Cámara, que casó posteriormente con Margarita de Bethencourt y Sá, hija de Gaspar de Bethencourt, según los genealogistas portugueses (canónigo Fernando de Meneses Vaz: *Familias de Madeira y Porto Santo*, fasc. 7, 1963), prueba que no existieron rivalidades ni disensiones entre la rama legítima y la bastarda, cuyo árbol genealógico damos a continuación:

ARBOL GENEALÓGICO DE MACIOT Y TEGUISE



El orden de los nueve hijos de Inés Margarita es convencional, por falta de documentos que nos precisen sus fechas de nacimiento. Nos hemos guiado por los siguientes criterios:

1.º los varones, comenzando por los dos que emigraron a Madeira y San Miguel: Gaspar y Enrique; 2.º el que casó en Lanzarote con la galdense Tenesoya: Maciot II; 3.º los tres que se casaron en Lanzarote: Guillén, Juan y Miguel; 4.º las tres hembras: Inés, Margarita y Elvira.

1. Gaspar

Heredó de su tía María el mayorazgo de Aguas de Miel, en la isla de San Miguel (Azores). Casó con doña Guiomar de Sa, dama de la reina de Portugal. Sus tres hijas, doña Beatriz, doña Guiomar y doña Isabel, fueron damas de la bella emperatriz Isabel, esposa de Carlos V y madre de Felipe II. Enlazaron con la nobleza española: doña Beatriz, casó con don Pedro Lasso de la Vega. Doña Isabel, la camarera mayor, primero con don Luis de Venegas y al enviudar con don Pedro Lasso, ya viudo de su hermana. La tercera, doña Guiomar, fue mujer de don Antonio de Melo, conde de Elda, con la que tuvo a doña Isabel, dama de doña María, emperatriz de Bohemia, hermana de Felipe II.

2. Enrique

También heredó de su tía María propiedades en Madeira, en Ribeira Brava. Uno de sus descendientes, João Bethencourt de Vasconcelos, fue degollado en La Tercera por ser partidario de Felipe II. Otro fue capitán de Mar en Malabar (la India).

3. Maciot II

Casó con Luisa (Tenesoya de Gáldar), sobrina del Guanar teme. Su hijo Arriete fue esposo de María Jáimez de Sotomayor, hija del alférez mayor de la Conquista de Gran Canaria. Fue capitán de Mar y de las milicias de Gáldar. El segundo, Juan Perdomo, casó con Francisca Cerezo. Su hijo Ángel fue capitán de uno de los navíos que acudieron en ayu-

da de Lanzarote cuando la invadió Calafat en 1569. El tercero, Andrés, viajó a Normandía y murió soltero.

4. Guillén

Casó en Lanzarote con María de Cabrera, nieta de Alonso de Cabrera Solier, veinticuatro de Córdoba, gobernador de las cuatro islas de Señorío. Muchos de sus descendientes emigraron y se avecindaron en las Islas de Realengo, especialmente en Tenerife.

5. Juan Perdomo

Casó con María Perdomo. Su hija Isabel, con Ivón Hernández, hijo del primer alcalde de Santa Cruz de Tenerife: sin descendencia. Juan Perdomo el Mozo participó en la conquista de Tenerife, recibió datas en Tejina (1501). Casó con Catalina de Cabrera. Tuvieron once hijos, sin sucesión. Su hermana María casó con Juan de Ortega, enlace prolífero. Uno de sus descendientes, Marco Perdomo Pimentel (1580), escribió a sus parientes en Ruan. Bergeron lo recoge en su publicación. Su hija Ana casó con Francisco de Albornoz, conquistador en Granada y Tenerife. Isabel, Leandro, Juan y Luis también se casaron y residieron en Tenerife, ocupando elevado rango social.

6. Miguel Martín Perdomo

Casó con Susana de Aday. Tuvieron siete hijos. Margarita, casada con Juan del Hierro, fueron los padres de Luis de Aday, gobernador en Fuerteventura, quien se opuso a las intromisiones de Argote de Molina en dicha isla.

7. Inés

Casó con Esteban Zambrano/a. Su hija María, con un Figueroa. Y María de Figueroa con el ligur Mateo Cairasco,

padre del eximio canónigo-poeta don Bartolomé Cairasco de Figueroa.

8. Margarita

Casó con el vasco Juan Pérez de Munguía (Perucho el de Bilbao). Su hija Elvira, con Luis de León el Viejo, padres de Luis de León el Valiente, esposo de Ana de Cabrera, padres de doña Bernardina, amante del conde de Lanzarote. Otra de sus hijas, María, casó con un Verde de Aguilar, con descendencia en Guía de Gran Canaria. En el Valle de La Orotava se avecindaron los Bethencourt y Castro y los Bethencourt y Molina, entre ellos el famoso ingeniero don Agustín, que prestó valiosos servicios al zar de Rusia, a comienzos del siglo XIX.

9. Elvira

Casó con Juan Melián, hijo de un francés que emparentó con la estirpe real indígena. Su hijo Luis Melián de Bethencourt fue padre de Francisco Melián de Bethencourt, deán y arcediano de la catedral de Las Palmas de Gran Canaria, el cual tuvo un hijo con Teresa del Prado, comendadora de la Orden de San Juan de Malta, hija de un hidalgo gallego y de una gomera. Teresa, mujer irascible, mató de una paliza a una esclavita negra que se le fugaba, y fue condenada a muerte en rebeldía. Fernando el Católico, en vísperas de su fallecimiento, firmó el indulto (1516). Su hijo Luis Melián de Bethencourt estudió en Salamanca y Alcalá. Fue abogado y amigo del conde de Lanzarote y desempeñó cargos públicos en Gran Canaria, Tenerife y Cuba. Escribió un interesante manuscrito conocido con el título de «Origen de las Islas Canarias», donde se recogen valiosos documentos, algunos posteriormente desaparecidos, sobre la regulación del régimen señorial.

Inés Margarita es, pues, el único tronco de los Bethencourt que arraigó y se ramificó por todo el Archipiélago Canario, se

extendió por los de Madeira, Azores y los vastos dominios coloniales de España y Portugal, donde continúan presentes.

Juan de Bethencourt, el colonizador, no tuvo descendencia. El supuesto hijo natural que con el nombre de Floridas de Bethencourt se le ha querido atribuir es apócrifo. Existen razones para pensar, por su conducta matrimonial, que el colonizador era estéril o impotente. Y los parientes de su apellido que vinieron a Lanzarote, salvo Maciot, ninguno tuvo descendencia. Guillén fue muerto por los indígenas en 1403. Juanín, sobrino de Maciot, fue ahorcado por Guillén de las Casas. Y Enrique murió soltero en un desplazamiento a Portugal.

MACIOT DE BETHENCOURT Y EL OBISPO FRAY MENDO

Maciot fue elegido por Juan de Bethencourt para sustituirle, no para heredarle en el Archipiélago Canario. La crónica de don Juan II de Castilla tiene dos versiones: la de Galíndez de Carvajal, publicada en Logroño en 1517, la cual ha sido calificada por la crítica histórica moderna de «amaño tardío y engañoso de fuentes originales». Y la de Álvar García de Santa María, cuyo capítulo sobre nuestro Archipiélago nos lo dio a conocer Juan de Mata Carrizo en la *Revista de Historia*, núm. 73 (enero-marzo 1946). Tiene menos errores que la anterior, pero ambos textos reflejan los mismos prejuicios y recelos con que desde la Corte de Castilla se miraba a un extranjero gobernando unas posesiones lejanas, codiciadas por Portugal. Y ambos recogen el antagonismo entre el poder civil ejercido por un normando, como delegado de otro, y la autoridad religiosa, representada por un obispo franciscano de nacionalidad española.

Los dos textos coinciden en afirmar que «ovo contienda entre el dho Mosen Maceot e el dho frei Mendo... diciendo que el dho Mosen Maceot que vendía los canarios después de cristianizados y los traía a Sevilla» (en Álvar García).

La crónica nos presenta al obispo franciscano como un precursor de fray Bartolomé de las Casas, opuesto a la conducta anticristiana de Maciot en su trato con los naturales. En

la versión de Galíndez se lee: «Con estas cartas llegó al rey D. Juan de Castilla un hermano del dho obispo de Canarias, y el Rey y la Reyna mandaron que se avisase al Consejo; donde se acordó que *Pedro Barba de Campos* fuese con tres naves de armada...». La versión de Santa María precisa el nombre de ese hermano y el lugar donde estaba la Corte: «E con estas carta llegó a *Madrid Diego Fernández*, un hermano de dicho fraile obispo de Canaria».

Lo que no precisa ninguna de las dos versiones de la crónica es que fray Mendo, preconizado obispo del Rubicón por Benedicto XIII, seguía residiendo en la Península y nunca se trasladó a su diócesis, por lo que Martín V, elegido en 1418 por el concilio de Constanza, que puso fin al Cisma de Occidente, nombró al deán Juan le Verrier administrador y coadjutor de dicho obispado, cosa que no supo Viera y Clavijo hasta que publicó la última parte de sus *Noticias...* (Libro XVI, cap. II, p. 472, Goya, 1971). Así queda claro que la pugna entre Maciot y fray Mendo se suscitó en Andalucía, donde el francés vendía su mercancía humana.

La prueba más palpable de que las actividades piráticas de Maciot no fueron el motivo que forzaron a los Bethencourt a traspasar al conde de Niebla el Señorío de las Canarias está en que dichas actividades continuaron y hasta se incrementaron después de dicho traspaso y durante largos años, ya que el papa Eugenio IV tuvo que suspender al obispo del Rubicón fray Francisco de Moya en 1441 porque colaboraba con Maciot en los asaltos piráticos a la isla de La Palma (A. RUMEU, *El Obispado de Telde*, 2.^a ed., 1985, p. 143; e *Información de Cabitos: declaración de Antón Fernández Guerra*, p. 128).

PEDRO BARBA DE CAMPOS Y EL CONDE DE NIEBLA

Es cierto que Pedro Barba de Campos, Virrey de Mar de la Corte de Castilla, vino a nuestro Archipiélago: su paso ha quedado grabado en el topónimo de una ensenada de la pequeña isla de La Graciosa, contigua a Lanzarote. Y también es verdad que, como consecuencia de este viaje, Maciot se trasladó

a la Península y transfirió el Señorío Feudal de las Canarias, haciendo uso de un poder que le había conferido su tío, el conquistador. La autenticidad de ese poder ha sido puesta en duda por algunos historiadores. Pero Viera y Clavijo, que también las tuvo, las dispó cuando pudo leer en Madrid y traducir al castellano el poder otorgado a Maciot el 17 de octubre de 1418 por el barón normando, el cual le mostró don Pedro Acedo Betancourt, presbítero de Canaria.

En cuanto a las razones de tan insólita donación, se han formulado tres hipótesis:

- a) *Políticas*: Cioranescu lo estima una cesión o renuncia en confianza al conde de Niebla, para que Juan de Bethencourt pudiera hacer homenaje al rey de Inglaterra, enemigo del de Castilla, y que había ocupado Normandía, donde el barón tenía sus feudos patrimoniales. Dicho traspaso produjo una mutación jurídica: el feudo francés se transformó en un señorío castellano.
- b) *Morales*: Las que ya hemos mencionado de la crónica de don Juan II. Para resolver desavenencias con la Iglesia y la Corona, opuestos a que los Bethencourt se lucraran con la esclavitud y venta de los aborígenes canarios. Los misioneros lo pedían. Y el papa los apoyaba.
- c) *Económicas*: Arreglo por apremios de dinero, ya que el conquistador había tenido que hipotecar sus posesiones normandas a su primo Braquemont y solicitar préstamos al conde de Niebla, para afrontar los gastos de la conquista (B. Bonnet).

Abreu Galindo sufre un error con Pedro Barba de Campos, calificándolo de «gran justador», porque lo confunde con su hijo, Pedro Barba Quijada, quien con su primo Gutiérrez Quijada desafiaron y vencieron en un torneo celebrado en la corte de Borgoña y los hijos del conde de San Pol. El error lo han repetido los historiadores canarios y ha hecho creer a muchos que Cervantes cita en su *Quijote* (I-49) al marino que

estuvo en La Graciosa, cuando en realidad se trata de su hijo. Tampoco es cierto que Barba de Campos sucediera a Maciot en el Señorío de Lanzarote, como recogen algunas crónicas.

Hoy nos resulta claro que don Enrique de Guzmán adquirió los derechos señoriales sobre el Archipiélago, aunque dejó por su lugarteniente al mismo Maciot. Si bien con el traspaso se produjo una mutación jurídica de carácter público: el feudo francés se transformó en señorío castellano. Y pronto quedó circunscrito a las cuatro islas posteriormente «Señoriales», pues dos años después del traspaso, Juan II concede a un miembro de una familia sevillana, pero también oriunda de Francia, Alfón de las Casas, el derecho a la conquista de las tres islas no ocupadas: Gran Canaria, Tenerife y La Palma.

Esta mutación jurídica se plasma en Almonte, el 18-6-1422, en que don Enrique de Guzmán concede «franquieza» de tributos a los vecinos de Lanzarote y Fuerteventura, sin otra obligación que pagar los «quintos». Y en Sanlúcar el 18-3-1426, Niebla, a petición de Maciot, su capitán y gobernador, suscribe otra escritura para que el gravamen de «quintos» se aplique sólo a las cosas que se sacaren de las islas, es decir, a las exportaciones, como Señorío Castellano.

LOS DESCENDIENTES DE LOS BETHENCOURT CANARIOS

El apellido Bethencourt, y sus variantes castellanas de Betancor y portuguesa de Bettencourt, se multiplicaron por el inmenso imperio que Felipe II logró reunir en las postrimerías de su reinado. Don Francisco Fernández Bethencourt, nacido en la Vegueta (Lanzarote, 1850-1916), académico de la Historia, publicó su *Nobiliario y blasón de Canarias* (1878-86), ampliado y puesto al día por una junta de especialistas, de la que formaban parte Leopoldo de la Rosa y Sergio F. Bonnet, editada por Juan Régulo en La Laguna, 3 t., 1952, 54 y 59.

En dicha obra se recoge las biografías de las diferentes ramas de la familia, que han descollado en el campo religioso, científico, político, militar y social. En este trabajo sólo queremos destacar dos figuras excepcionales, uno en el ámbito

religioso, el hermano Pedro de Bethencourt, y otro en el científico, don Agustín de Bethencourt y Molina, ambos tinerfeños.

El hermano Pedro de Bethencourt

Pastor, tejedor, fundador y santo, como lo califica su biógrafa, Analola Borges, nació en Vilaflor (Chasna), sur de Tenerife, en 1625. A los once años, cuando se dedicaba a cuidar un pequeño ganado de cabras, conoció a su pariente fray Luis de San José (o de los pobres), misionero en Guatemala, que visitaba su tierra natal, y este encuentro despertó su vocación. A los veinticuatro años embarcó para La Habana. Allí le acoge el deán de la catedral, don Nicolás Esteves, icodense, quien le aconseja que aprenda el oficio de tejedor, lo que realiza con el mayor celo.

El 18-2-1651 viaja a Honduras, donde cae enfermo. Pero aún así se traslada a Guatemala. Allí ingresa en un hospital. El capitán don Antonio Lorenzo Bethencourt le acoge en su casa, considerándole como un pariente necesitado. Luego su vida se desenvuelve en tres estaciones: El Calvario, donde dormía. La Concepción de los Jesuitas. Y el convento de San Francisco, que tenía una capilla de la Virgen de Candelaria.

El comisario de la Orden Tercera de San Francisco, fray Fernando Espino, natural de Tenerife, es su confesor. Vuelve dos años a su oficio del tejido. Trata de cursar estudios eclesiásticos, pero carece de base y quizás de aptitudes para ello. Un franciscano amigo le convence que la mejor cátedra es Jesús crucificado. Se hace lego de la Orden Tercera.

El hermano Pedro de Bethencourt, ahora de San José, da su gran salto espiritual al fundar la Orden Betlemita, la primera y única nacida en América durante la dominación española. En la presente centuria la isla de Tenerife ha recibido religiosos de su Orden.

Don Agustín de Bethencourt y Molina

Nace en el Puerto de La Orotava (hoy Puerto de la Cruz), Tenerife, en 1758. Y fallece en San Petersburgo en 1824 (a los sesenta y seis años).

Su abuelo, don Marcos de Bethencourt y Castro, fue brigadier, gobernador y capitán general de Venezuela en 1701-1707 y perteneció a la Orden de Alcántara. Su padre, don Agustín de Bethencourt, era caballero de la Orden de Calatrava y tertuliano del Palacio de Navas en La Laguna (Tenerife).

Se trasladó a Madrid en 1778, con veinte años, para ilustrarse en el Real Estudio de San Isidro y la Real Academia de Bellas Artes. Luego fue pensionista en París, donde se contagió con las ideas de la Revolución francesa en su primera fase.

Retorna a España en 1791 y se le nombra director de la Real Academia de Máquinas. Durante este período la Revolución francesa alcanza su grado álgido de crueldad. El 10-8-1772 se produce el destronamiento de Luix XVI y María Antonieta. El 2-7-1793, el arresto y persecución de los girondinos.

En el otoño de 1793 obtiene una pensión de estudios en Inglaterra, que conserva hasta octubre de 1796. Aprueba el modo de conjugar la autoridad con la libertad de la vida inglesa. Y contrae el enigmático matrimonio con Ana Jourdain, inglesa católica, de la que tuvo cuatro hijos y cuya legalización formalizó más tarde.

Regresó a España para participar en una expedición a Guantánamo (Cuba). Vuelve a París y a Madrid para legalizar problemas familiares. En 1798 trabaja en España la instalación de la primera línea telefónica. Y en 1802 funda y dirige la Escuela de Ingenieros.

En 1807, víspera de la invasión napoleónica, se encuentra en París. En 1808, cuando Napoleón invade nuestro territorio, se traslada a Rusia al servicio del zar Alejandro I. Y en San Petersburgo permanece hasta su muerte, en 1824. Tenía sesenta y seis años.

Con independencia de los datos aportados por don Francisco Fernández Bethencourt, el profesor Rumeu de Armas publicó en el número 31 del *AEA* (1985) un magnífico estudio sobre el «Ilustrado Agustín de Bethencourt. Leve cala sobre su mentalidad», donde añade datos muy importantes.

Nosotros sólo queremos añadir, como colofón de este trabajo, que en muchas de las estirpes de los Bethencourt con-

temporáneos la regla onomástica moderna española de anteponer el primer apellido paterno, seguido del materno, han ocasionado que muchos linajes hayan perdido el Bethencourt de la rama femenina. Así ocurre, por ejemplo, con la familia Espínola Vega.

Don Alfonso Espínola Vega, hijo de don Melquíades Espínola Bethencourt, fue un prestigioso médico lanzaroteño que emigró al Uruguay en 1878 y allí desplegó una abnegada actividad profesional, con ocasión de la mortífera epidemia de viruela de los años 1881 y 1882, en la localidad de Las Piedras. Labor que continuó en San José de Mayo, donde creó un hospital y un laboratorio microbiológico, impartió enseñanzas en el instituto de la localidad y ejerció la medicina como un apostolado, hasta la víspera de su muerte, en que se levantó enfermo para atender a un moribundo.

Su sobrino, el escritor uruguayo Francisco Espínola Cabrera (1901-73), recoge en su «autobiografía» ese orgullo familiar por su ascendencia histórica con los Bethencourt canarios, aunque ya no tuviese ese apellido. Tenía motivos para sentirse satisfecho del «Spínola» porque su tío Alfonso era venerado en el Uruguay como «sabio, filósofo, médico y apóstol». Y él mismo era considerado como el mejor narrador uruguayo de su generación. Pero veamos lo que escribe sobre Bethencourt.

Dice el escritor: «Mi padre me decía siempre... “yo tendría 8 ó 9 a,... usted tiene que tener un cuidado bárbaro... porque usted es noble”. Y entonces me hacía el relato de *Betancur*... que fue el que conquistó las Canarias. Y de allí venimos nosotros, no de él sino de su sobrino Mació. Y te digo que esto se sabe por tradición oral de la familia; en nuestra casa mi tía, la mujer de Alfonso (D.^a Rosalía Espínola Aldana); ella y los demás, todos gente honrada, incapaces de decir una cosa por otra. Sabemos que nosotros *estamos emparentados con una princesa guanche*, y si vas más atrás, venimos de los atlantes.»

Por estas palabras, el escritor parece sentirse más orgulloso de su estirpe aborigen, que remonta a la mítica Atlántida, que por la prosapia medieval de los Bethencourt normandos. Y aunque la fantasía del novelista le lleva a soñar con la uto-

pía platónica, quizás no pensara ningún desvarío, porque sabemos que el nombre de *Teguise* tiene su origen en los grandes espacios saharianos del Aïr —*Tegueze*— y del Hoggar —*Tegehe*—, que para sus escasos moradores actuales, los tuareg, significa «la que tiene derecho a suceder por línea materna». La estirpe de Antinea para otro novelista, el francés Pierre Benoit, que contempló el Sahara como el fondo de un mar desecado, y las montañas de Tibesti, como el solar devastado de la isla desaparecida.

Otro lanzaroteño que destacó en la literatura y en la política fue don José Betancor Cabrera, quien utilizó el seudónimo de Ángel Guerra y cuya biografía hemos recogido en nuestro libro *Lanzarote, isla de lava y espuma*. Y son muchos los Bethencourt o Betancor que por amistad y vecindad he tenido la oportunidad de conocer y tratar durante mi infancia en dicha isla.

No puedo dejar de recordar al médico y amigo don Fermín Rodríguez Bethencourt, persona afable, generosa y de agudo ingenio, del que guardo una gratitud y un recuerdo imperecederos. Su hijo, de iguales apellidos y profesión, reside y ejerce en Madrid. Conserva el Bethencourt porque también es el primer apellido materno.

También de Tenerife podríamos citar Bethencourt contemporáneos o que han vivido en el presente siglo: de San Miguel, Chasna, era el doctor Juan Bethencourt Alfonso, médico, antropólogo e historiador que falleció en 1913, pero cuyas principales obras, *Costumbres canarias de nacimiento, matrimonio y muerte* e *Historia del Pueblo Guanche*, se han editado recientemente. Y don Rómulo Bethencourt Bello, ex presidente de la República de Venezuela, cuyo padre era de La Orotava.

Es interesante que en los umbrales de un nuevo siglo, en que el mundo se reestructura, Europa se unifica y España busca acomodarse a la modernidad, los canarios tengamos claras nuestras señas de identidad y recordando nuestro pasado sepamos alcanzar un prometedor futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- ABREU GALINDO, FRAY JUAN: *Historia de la Conquista de las 7 islas de Canaria*, Goya Ed., Santa Cruz de Tenerife, 1977.
- AZNAR DE ACEVEDO, CONSTANTINO: «Acerca de los orígenes de la familia Bethencourt», *Revista de Historia*, núm. 72, La Laguna (Tenerife).
- BETHENCOURT ALFONSO, JUAN: *Historia del Pueblo Guanche*, t. I (1991), II (1994), Ed. Lemus, La Laguna (Tenerife).
- BERGERON, PIERRE: *Histoire de la 1^a decouverte et conquista des Canaries*, París, 1630.
- BONNET REVERÓN, BUENAVENTURA: *Juan de Bethencourt*, I. E. C., La Laguna (1944).
- *Gadifer de La Salle*, I. E. C., 1954.
- CARRIAZA, JUAN DE MATA: «El capítulo de Canarias en la Crónica de Juan II», *Revista de Historia*, XII (1946), pp. 1-8.
- CIORANESCU, ALEJANDRO: Notas y apéndices a los tres volúmenes de *Le Canarien*, con el patrocinio del Instituto de Estudios Canarios y el Museo Canario en la «Colección Fontes Rerum Canariarum», 1960 y 1964.
- «Dos documentos de Juan de Bethencourt», *Homenaje a Elías Serra*, vol. II, La Laguna, 1970.
- *Le Canarien*, crónicas francesas de la conquista de Canarias, ACT (Aula de Cultura de Tenerife, 1980).
- *Juan de Bethencourt*, Aula de Cultura de Tenerife (ACT), 1982.
- DE LA ROSA OLIVERA, LEOPOLDO: «Los Bethencourt en las Canarias y en América», *AEA*, núm. 2 (1956). Reproducido en *El Siglo de la Conquista*, ACT (1978).
- FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, FRANCISCO: *Nobiliario y Blasón de Canarias (1878-1886)*, ampliado y puesto al día por una junta de especialistas, Ed. Juan Régulo, La Laguna (1952-54 y 59).
- GRAVIER, GABRIEL: *Libro de la conquista y conversión de los canarios (1401-1422)*, Rouen, 1874.
- MARGRY, PIERRE: *La conquista y los conquistadores de las Islas Canarias*, el verdadero manuscrito de *Le Canarien*, París, 1896.
- Canarias: Crónicas de su conquista*. Transcripción, estudio y notas de Francisco Morales Padrón, Las Palmas (1978).
- RUMEU DE ARMAS, ANTONIO: «El ilustrado Agustín de Bethencourt. Leve cala sobre su mentalidad», *AEA*, núm. 31 (1985).
- SERRA RÁFOLS, ELÍAS: «Dos noticias sevillanas tocantes a figuras de la 1.^a Conquista. 1. Juan de Bethencourt, rey de Canarias (1403)», *El Museo Canario*, 111 (1935).
- Apéndices a los tres volúmenes de *Le Canarien*, en colaboración con Cioranescu. Las excavaciones arqueológicas del Rubicón las dirigió el doctor Serra con la colaboración de su hermano José de C.
- VIERA Y CLAVIJO, JOSÉ DE: *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, Goya Ed., Santa Cruz de Tenerife, 1 (1967), 11 (1971).